

cantos de nuestros Romanceros: como gigantes de nuestros altos hechos militares, allí se inmortalizaron los Aguilar, los Ponce de León, los Girones, los Portocarrero, los Zúñigas, los Pimentel y los López de Mendoza; y como anuncio y garantía de nuestros futuros y ruidosos triunfos en Tarento y en Ceriñola, comenzó ya á lucir aquel astro sin par que se llamaba Gonzalo Fernández de Córdoba, cuyos inmarcesibles laureles, no marchitados nunca con reveses ni con crueldades, le valieron un renombre envidiable en el catálogo de los grandes capitanes del mundo.

Y entre todos estos esplendores que deslumbran; entre todos estos poemas de valor y estos ímpetus de la religiosidad más pura, formóse aquel espíritu de fe, aquella llama de devoción y de entusiasmo para con la Virgen María, que decidió á nuestros Monarcas á impetrar de los Vicarios de Cristo la concesión de una fiesta exclusivamente consagrada para cantar las alabanzas y para elevar oraciones eucarísticas en honor de la Madre del Verbo Encarnado, por las cosas altísimas, por las continuas misericordias que obró el Todopoderoso á favor de la nación española, en virtud del amor, de la intercesión y valimiento de la Criatura bienaventurada de todas las generaciones y de todos los siglos. *Beatam*, etc... (1).

(1) En 28 de Junio de 1616, el Sumo Pontífice Alejandro VII, á ruegos de S. M. el Rey Don Felipe IV, concedió que el Patrocinio de la Santísima Virgen María se celebra-

Y todavía, Excmo. Señor, como continuación bienhechora de estos palpables beneficios, como reproducción de tan maravillosos sucesos, únicos, tal vez, entre los pueblos todos, y como testimonio ardiente de gratitud eterna, ofrécese á nuestra admiración, engrandecidos por el Nombre y el Patrocinio de María, los Estatutos de nuestras Universidades, las Órdenes caballerescas instituidas por nuestros Reyes, la lucha titánica de nuestra Independencia, donde la fe y el patriotismo ibero son la piedra que se desgaja del monte (1) y derriba al conquistador soberbio que usurpaba y repartía diademas por la violencia y el despojo; la Definición dogmática de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, cadena cuyos más hermosos anillos fueron labrados por Santos y sabios de nuestra patria; y, por último, el acontecimiento gloriosísimo de nuestra reciente guerra con el Imperio del Mogreb, en la que vimos renovarse á cada instante, por parte de nuestros guerreros, las hazañas de las pasadas edades. ¡Oh Virgen Santísima de África! Permite que yo quiera dedicarte aquí mi más devoto y más filial saludo, porque esa tu advocación amada será siempre gratísima á mi corazón y á mi memoria.

se con fiesta especialísima en todos los dominios de España, verificándose desde entonces esta función tradicional en la Real Capilla de Palacio, asistiendo Sus Majestades á la Cortina.

(1) Dan., II, 35.



Tú me otorgaste mercedes que nunca olvida el alma fiel, y mis seres más amados presentaban conmigo ante tu altar sus eucarísticas ofrendas. Sobre las marmóreas losas de tu extensa Basílica vi orar, con recogimiento profundo que conmovía y edificaba, á nuestros caudillos y á nuestros soldados, besando tu Escapulario bendito, ó la sencilla reliquia que recibieron de sus esposas ó sus madres al partir para aquella nueva Cruzada, y yo ensalcé más de una vez tu protección y tus grandezas cuando nuestros ejércitos alcanzaron sobre la Media Luna brillantes y definitivas victorias. ¡Oh Virgen Santísima de África, estrella refulgente de los dos mares que allí confunden sus ondas, Espejo de la Justicia y Reina poderosa de los Soberanos y de las Naciones! Mi fe y mi imaginación te miran como el remedio de nuestros reveses y nuestras desventuras; como la blanca atalaya de la nevada sierra, que nos indica el camino de nuestro engrandecimiento futuro: y hoy, que aparecen tan eclipsados los esplendores de nuestras antiguas glorias, hoy más que nunca esperamos en Ti, descansamos en tu amor, confiamos en que, haciendo reverdecer los huesos de tantos mártires sacrificados en aquellas inhospitalarias costas, y la palabra de tantos hijos de Francisco de Asís como en esas comarcas difundieron el Evangelio de Cristo, habrás de darnos todavía en los Viejos Continentes zonas que reconquistar para la verdad y para el verdadero

progreso; tierras que ninguna de las naciones de Occidente tiene mejor derecho que el nuestro para ocuparlas y para poseerlas; porque de allí vinieron nuestros opresores, y porque con ellos combatimos durante ocho centurias, hasta lograr volverlos á sus desiertos y á sus aduares.

Mis amados hermanos: tal es la historia de la maternidad de la Virgen María, y tales las bellezas y ternuras de sus continuos cultos. Y no obstante que venimos cruzando hoy por siglos de incredulidad y de ateísmo, en toda la redondez de la tierra se la llama Bienaventurada, y se la implora y bendice como á Amparadora y Madre. Más aún; con haber florecido en el decurso de los siglos un Cirilo Alejandrino en Éfeso, un Damasceno en Jerusalén, un Anselmo en Cantorbéry, un Bernardo en Claraval, un Escoto en París, un Buena Ventura en Albano, un Bernardino de Sena en Florencia y Aquila, y algunos siglos más tarde, según hemos ya dicho, un Suárez en España, un Bossuet en Francia, y un Alfonso de Ligorio en Italia, jamás fueron tan numerosos, ni tan poéticos, ni quizá tan fecundos los tributos de devoción y amor elevados á la Virgen María, como lo son en los presentes tiempos, donde hemos visto surgir, á manera de plantas salutíferas, de ignorados y ricos manantiales, mil devociones tiernas y seductoras para regenerar la sociedad y santificar las almas. Vedlo, si no.

“ Como en todos los instantes solemnes de la His-



toria, del Oriente vinieron las ráfagas primeras de esas auras saludables. Desde Palestina, donde renació la humanidad, hasta las regiones donde nació la vida; desde los ríos que el Génesis menciona, hasta el mar que baña las orillas de los últimos mundos conocidos, parten esos destellos fúlgidos de nuevos soles, esas manifestaciones novísimas del amor santo y de la gracia divina. Italia ha presentado después á María, con su casa de Loreto y su Templo de las Nieves, con el azul de su cielo, con las brisas de los Apeninos, con la majestad de los Alpes, con las verdes isletas de sus mares, el suave perfume de una adolescencia candorosa y una juventud casta; y el Austria, y la Hungría, y la Suiza, y la Escocia, y el Portugal, y Dinamarca y Bélgica, han visto multiplicarse sus laureles católicos en los Santuarios preciosos de María-Zell, de Affleuz, de Melrose, de la Ermita, del Bosque, de la Bandera y de Smelcen.

Los helados mares del Norte apresuráronse igualmente á reiterar aquellos saludos fervorosos á la Virgen María que les enseñaron San Columbano y San Patricio. En las selvas del arrojado Escandinavo resuenan con entusiasmo férvido las oraciones que les enseñaron San Bonifacio y San Metodio. En Travancor y en Goa reviven los piadosos recuerdos de Francisco Javier; la Holanda parece que escucha aún conmovida las predicaciones de Canisio y Le-Jay; en el Senegal hay apóstoles que saben incendiar los espíritus, como

si tomasen para ello el fuego de aquel sol, y que extienden incansables los aromas de la fe, como aquellos árboles corpulentos difunden sus fragancias. Los misioneros de América y de las regiones más orientales del globo ayudaron á conquistar los corazones, dando á los vientos el nombre de la Virgen María; y diríase que hasta las fieras de aquellas selvas inextricables y las aves de aquellas enramadas que cantan como los ruiseñores de nuestra Europa, ó cedían de su fiereza, ó avivaban sus trinos al escuchar aquel Nombre Dulcísimo, que denotaba á un tiempo la fe, la esperanza, la caridad y la pureza.

Y en este concierto universal de los mundos de la naturaleza y de los mundos de la gracia, España, Señor Excelentísimo, la siempre fidelísima España, llenó cumplidamente la muy alta misión á que la obligaba su historia. Ella ha ido al frente de las naciones católicas en las dulces vehemencias de su gratitud y de su amor. Ella llevó sus peregrinaciones fervientes á los feraces valles que visitó el Apóstol Santiago, para besar en la romana *Cæsaraugusta* una columna sagrada, y hacía fervorosas visitas á la Virgen de Monserrat, cuya pintoresca mansión aparece custodiada por gigantescos monolitos, asombro del viajero. Las ciudades y Municipios españoles ascendían anualmente por las veredas de sus sierras, para hacer ondear en los declives de la montaña, y en la torre de los Santuarios de María, los estandartes



victoriosos de las antiguas villas. En casi todos nuestros hogares óyese á cada paso el tierno y respetuoso saludo de nuestros abuelos al franquear el umbral de las puertas que se abren para recibirlos, «Ave María Purísima:» y en las plazas y en las calles detiéndense todavía los transeuntes piadosos para recitar la oración breve y conmovedora del *Angelus*. Ante los altares de la Virgen María acuden á toda hora el infante ó el adolescente para ofrecer á su amorosa Madre los lirios de sus campos y las rosas de sus verjeles, entre versos y entre cánticos que nos imaginamos ver salir de labios de los ángeles. ¿Qué más diré. Señores? De este suelo proverbialmente cristiano y fervientemente católico surgió en nuestros mismos días el cantor más inspirado de las glorias de la Virgen Madre, el vate de nuestras leyendas y el poeta de nuestros ensueños, coronado con la triple diadema de la admiración de la patria, del respeto de los sabios y del cariño de las multitudes; y las ricas é inimitables composiciones, y el ardoroso estro de aquel hombre singular que vivió de idealismos y fantasías, que anduvo errante por mares y continentes como los antiguos trovadores, pero que tenía rasgos de príncipe, y entendimiento creyente, y corazón de niño, y murió con edificante piedad en el regazo de la comunión católica; estas creaciones y esta inspiración, repito, no sólo enriquecieron las bibliotecas, y se leían en la morada de los magnates, sino que es-

tuvieron y perdurarán ciertamente en la memoria y en los labios de las inteligencias sencillas (1).

Que no vengan, no, á decirnos los corazones tibios, los espíritus indiferentes, ó las almas odiosamente envueltas en el manto de la hipocresía, que estos ímpetus del amor tierno y vehemente son excesos de la piedad, exageraciones de la fantasía excitada, delirios ó arrebatos de místicos fanatismos. Mil veces no: en los mundos de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello nunca se hace deforme por exceso lo que es privilegiado y sublime. ¡Ah! Si las hermosuras materiales de la naturaleza pudieran sentir y hablar, y participar de la maldad ó el desarreglo de las pasiones humanas, la pequeña colina llamaría monstruosidades á esas crestas de las sierras altísimas que se pierden entre nubes: y el lago, cuyas orillas opuestas están siempre al alcance de nuestras miradas, y el arroyuelo y el río que se deslizan ó se despeñan por las campiñas y por las gargantas, llamarían exageración del universo á esos mares extendidos que ciñen todos los Continentes.

Que no vengan tampoco los sectarios de la he-

---

(1) Aludimos al gran poeta Zorrilla. En alguna página de este libro hicimos ya mención de aquel hombre inmortal, cuyo talento, bien conocido del autor de estos Sermones, maravillaba por su profundidad, tanto como por sus facultades imaginativas, y cuyos sentimientos nobilísimos y envidiables prendas de carácter tenían el don de cautivar á las gentes.



rejía protestante á querer convencernos de que el culto de los Santos y la veneración de sus imágenes engendran aquellas idolatrías á que el pueblo de Israel era tan inclinado. Sabemos bien que en esa rica y delicada escultura de la Virgen María sólo hay la mera representación de otra belleza moral, de las perfecciones celestiales, de la gloria toda interior de la Santa Madre del Verbo. Nuestros ojos recreáanse, sí, en esa maravilla del genio; nuestras manos colocan en ese altar las luces y las flores; nuestro corazón se siente enternecido al contemplar estas dulces ofrendas del reconocimiento y del amor; pero las miradas de la fe, las aspiraciones de las almas fieles se elevan mucho más alto; ellas divisan á la Consoladora María junto al Trono del Cordero, coronada por la Trinidad Augusta, cantada por las jerarquías angélicas; y en esas obras preciosísimas del Arte cristiano no ven, no pueden ver otra cosa sino al Arquetipo que representan, á la Madre real del Divino Verbo, que habita en el Empíreo, que es nuestra poderosa Abogada y es también nuestra Madre.

El Protestantismo se empeña en desconocer aún que toda la teología católica destila caridad y esperanza; muy al contrario de la teología luterana ó jansenista, secas, estrechas, sectarias, llenas de rebeldías y llenas de negaciones. El Protestantismo no ha comprendido, no ha adivinado que la devoción y el culto de María prodigan á

los corazones y á las almas dulzuras y consuelos sin término, como prodiga el sol sus torrentes de luz; que todas esas grandezas y todos esos tesoros nacen de realidades divinas, mil veces más ciertas y evidentes que las mayores realidades de la ciencia y de la historia; que donde impera esa Reina del cielo, todos los corazones son misericordiosos, todos los cuadros son honestos, todos los pensamientos son castos.

Ciertamente, Señores, que el Protestantismo cuenta con grandes medios para adquirir la ciencia y para buscar la verdad; pero le faltan aquellos rayos supremos de la luz eterna é indeficiente que dejan contemplar, que permiten entrever al menos, los esplendores y encadenamientos de todas las grandes verdades. El posee también grandes resortes para practicar la virtud; mas como la virtud nunca llega á las cimas del bien sin el conocimiento perfecto de la caridad, y el Protestantismo rechaza y desconoce los más puros secretos de la caridad de Cristo, el símbolo protestante, el corazón protestante, jamás pueden llegar á ser ni fuente de la perfección, ni tesoro de las abnegaciones. No hay, no, verdad completa y difusiva sino en el magisterio infalible de la Iglesia Católica; no hay amor sublime y sobrehumano sino en la Religión que tiene el Sacramento eucarístico y la maternidad dulcísima de la Virgen María: y las sienes de una mujer que no ame con ternura inefable á la Santa Madre de Dios, no ce-



ñirán jamás, con todos sus encantos y todas sus aureolas, la corona de que es capaz la mujer del Evangelio. ¡Haga la Providencia, hermanos míos, que la sangre generosa de tantos mártires de Irlanda, vertida por conservar su fe; la ciencia profundísima de aquel Cardenal Wisseman, que nació, por dicha nuestra, en las márgenes del Betis; ciencia que admiró al mundo, y que regeneró tantos espíritus; las felices conversiones de hombres tan célebres é inteligencias tan preclaras como Faber, Newman y Manning, sean tan fecundas para aquel suelo de flores y esmeraldas donde nacieron Eduardo el Mártir y Ricardo Corazón de León, que ellas puedan devolverle el honroso y envidiable título de *Isla de los Santos!* Pero ¡ay de la Inglaterra protestante el día en que aparezcan ya intolerables su ambición y su perfidia, y en que la superioridad de su poder sea discutida y disputada; porque nada debe esperar entonces de las naciones de Europa, ofendidas todas, más ó menos, por su altivez y sus rapiñas! Ella blasona de su aislamiento, juzgándose inexpugnable é invencible por el poderío de sus naves; pero los individuos y los pueblos que se encierran en soledades egoístas, y se complacen en dominaciones opresoras, deben temer que llegue el instante de los reveses y de los vencimientos, porque en esos momentos supremos no encontrarán otra cosa que los desamparos universales.

Resumiendo ya, Excmo. Señor, el presente

Discurso, diremos que en la Maternidad divina de María está necesariamente basado el secreto de su poder y su misericordia; porque era honor y gloria de la Trinidad Augusta colmarla de inescrutables gracias é investirla de sobrenaturales prerrogativas. Diremos que esa privilegiada Criatura fué, como el Libertador esperado, la Deseada de los siglos: que, al lucir el reinado del Evangelio, cruza por los caminos de la humanidad ejerciendo su potestad sobrehumana en la Iglesia de Cristo, esa Jerusalén que hoy milita, y que triunfará eternamente, é iluminando y ennobleciendo todos los órdenes de la razón y de la vida. Diremos que para esta nación católica, hoy codiciada presa de tantos conquistadores y víctima de tan inmensos infortunios, la Virgen María fué muy especialmente intercesora y amparo; porque Ella quiso posar la planta en su suelo, dirigió sus ejércitos, inmortalizó sus Monarcas, humilló sus enemigos, la colmó de laureles, la alentó en sus desgracias: dándole nuestro pueblo, en cambio, su devoción, sus homenajes, su entusiasmo, su espíritu y su alma toda, como no se los dió pueblo alguno: esto es, colocando para siempre su corazón, su porvenir, su fortuna, sus hogares, bajo esa sombra divina. Diremos, por último, que, ya los enemigos declarados, ya los contradictores pérfidos del culto de la Madre de Dios, verán estrellarse sus ataques y sus asechanzas contra el amo y contra la gratitud de los pueblos; y nosotros



imploraremos sin cesar de la clemencia del Altísimo que alumbre los entendimientos soberbios y los corazones extraviados, para que vuelvan al seno de la verdadera Iglesia y á la obediencia de los legítimos Pastores.

¡Oh Madre mía, oh Virgen pura y clementísima! Tú dijiste, en un arrobamiento celeste, que todas las generaciones habían de llamarte «bienaventurada» por la alteza de tu misión y por aquella humildad perfecta, tan aceptable y grata al Dios de toda misericordia, y tan sublimada en la tierra por el sacrificio del Redentor de los hombres; pero nosotros, llevados en alas de nuestra fe y de nuestro fervor, te aclamaremos, además, bienaventurada, porque nada hay más dulce y más glorioso que convertir los corazones y salvar las almas, y tú eres la Madre de la Gracia que purifica, y el Refugio de los pecadores que invocan tu hermoso Nombre é imploran tus piedades. ¡Oh Virgen mía! Tú tienes ese Niño en tus brazos, para que todas las madres acudan á pedirte, en favor de los hijos de sus entrañas, la salud y el reposo, la caridad y la fe: le tienes para que todos nosotros, que sabemos bien que es el Hijo del Eterno, consubstancial al Padre, estemos perfectamente seguros de que las súplicas que le presentes no pueden menos de ser escuchadas y atendidas. Acógenos, pues ¡oh dulce Madre! bajo tu eficaz Patrocinio, donde no existen los pensamientos soberbios, ni los deseos impuros,

ni las envidias emponzoñadas; donde las almas que parecían ya muertas para la verdad y la virtud experimentan resurrecciones admirables por el influjo de tu amor; y donde, perseverando en el bien, por la gracia y la caridad de Cristo, duérmese el alma en los brazos del Señor, para despertar en las eternas mansiones de la gloria. ASÍ SEA.

